

**Comentarios del Libro**

*Scott Mainwaring: The Catholic Church and Politics in Brazil, 1966-1985.* 27.05  
Stanford, Stanford University Press, 1986, ISBN 0-8047 -1320-0

Hará unos treinta años los Brasileños acuñaron una nueva palabra: "brazilianist". No brasilianista; brazilianist. Así ellos describieron un nuevo rol en su sociedad a través de su maravillosamente expresivo lenguaje. Un brazilianist es un extranjero -usualmente Norteamericano— experto académico en historia, sociedad o política Brasileña. Al utilizar el término Inglés incluso en Portugués, la inteligencia local estaba expresando tanto su admiración por la diligencia e industria de este animal, como su sensación de que finalmente el sentido del olfato del animal era inadecuado: pese a todo el conocimiento acumulado, ellos parecen estar diciendo, estos expertos comprenden poco, porque carecen de un sentido. Hay también un cierto resentimiento -una sensación de que esos expertos ejercen una influencia, sea en sus propios países o en el mismo Brasil— que quizá ellos no merezcan.

Como otros antes que él, Scott Mainwaring ha resuelto las dificultades inherentes a su rol, escribiendo comprometidamente --compromiso en este caso con la causa de una cristiandad comprometida a servir y escuchar a los pobres y oprimidos— (él también sazona su inglés con brasileñismos residuales, para remarcar el carácter desproporcionado de su asimilación cultural). Pero el efecto es extrañamente alienante, ocasionalmente irritativo e incluso capaz de provocar furia. El ha sido ganado por los argumentos internos de la Iglesia Brasileña, él hace frecuentes juicios y da consejos muchas veces colocándose benignamente "por encima", y él también adopta las categorías de aquellos que está estudiando de una manera que confunde al lector y no ayuda a su análisis. En resumen, él quiere ser un brasileño y un "brazilianist" al mismo tiempo.

La historia que nos cuenta Mainwaring es muy simple y confirma, con mayor extensión y en mayor detalle, la literatura disponible en la literatura brasileña sobre este tema. Desde la década de 1920 el liderazgo de la iglesia brasileña hace grandes esfuerzos para recobrar influencia en la sociedad, tanto a través de estrecha cooperación

con el estado como a través de la Acción Católica y de otras corporaciones de laicos, las que operaron bajo estrecho control jerárquico. Durante el período que siguió al Segundo Concilio Vaticano el estado Brasileño se transformó en un sinónimo de violación de derechos humanos y la economía brasileña adquirió el nombre de capitalismo salvaje.

Al mismo tiempo hubo una gradual reconsideración de muchas de las políticas oficiales de la Iglesia en cuestiones sociales y además una seria crisis de vocaciones dentro de la institución. La combinación de transformaciones internas y externas, en una atmósfera donde la más alta autoridad eclesiástica parecía legitimar desafíos a la sabiduría aceptada, no podía menos que ser explosiva. La descripción de la injusticia social como violencia institucionalizada o estructuraren la trascendente Conferencia de Obispos Latino Americanos en Medellín en 1968, se transformó en uso oficial, tomando su lugar junto con la lucha por los derechos humanos. Sacerdotes y obispos se encontraron involucrados en serios conflictos con terratenientes y con las autoridades a varios niveles. Los teólogos de la Liberación encontraron un público receptivo —pese a que su entusiasta casa editorial, la revista Franciscana *Vozes*, está ahora sufriendo un cambio de dirección editorial como resultado de manipulaciones vaticanas—.

Los grupos laicos ligados a la Iglesia se desarrollaron en un estilo radical e independiente diferente de la Antigua Acción Católica. Muchos comenzaron a tomar seriamente una versión de eclesiología de Leonardo Boff la que afirma que la verdad y el amor vienen del pueblo y no de la autoridad episcopal.

En los comienzos y mediados de la década del sesenta hubo serias crisis en la relación de la Iglesia con tradicionales grupos de laicos como la Juventud Obrera Católica y Jóvenes Estudiantes —bien descritas por Mainwaring— cuando estos adoptaron un estilo de politización a la vez demasiado hostiles a los ritmos y rituales religiosos y demasiado radicales políticamente para la jerarquía. Ahora, en los setenta, cuando la Iglesia había estado actuando en alguna medida como la sombrilla protectora de la oposición política de base, emergió un nuevo estilo de actividades laicas. Este estilo está menos ligada a la jerarquía de la Iglesia que el de sus predecesores. Tiende a usar material educacional basado fuertemente en la Biblia, especialmente el Antiguo Testamento, notoria y notablemente para justificar la Reforma Agraria.

Se construye en las actividades de entrenamiento de cuadros del movimiento católico de laicos, y es frecuentemente financiado través de la intermediación de la Iglesia por organizaciones caritativas internacionales. Su ideología es el basismo: la creencia en que pueblo (en la base) es el que realmente sabe. Esto provoca la ira de muchos intelectuales: y políticos de izquierda {si este lugar puede decirse que exista en el sistema política ultra-conservativo de Brasil). Pese a que ellos se enorgullecen de haber abandonado su anterior marxismo (quién no lo hace en estos días), ellos todavía reaccionan visceralmente al basismo, como si las polémicas antipopulistas de Lenin estuvieran frescas en sus mentes. El basismo es ingenuo, anárquico, equivocado, sin dirección, etc. Mainwaring también es crítico especialmente del auto-odio de muchos intelectuales que "van hacia el pueblo" y creen que ellos no tienen nada que enseñarles; su punto de vista puede ser correcto, pero él debería haberse preguntado a sí mismo, en éste y en otros casos, si era necesario expresarlos. Fuera o no necesario, todo su análisis es mal concebido. La Iglesia no es un partido político; ni la Iglesia misma ni aquellos que trabajan en, y con ella, pueden ser descriptos como si ellos estuvieran exclusivamente o incluso principalmente dedicados a la prosecución de objetivos políticos y sociales. Mainwaring señala esto en principio y ampliamente en su primer capítulo, pero el libro luego continúa imperturbable. Esto está ejemplificado en su tediosa descripción de actores, individual y colectivamente, como conservadores, moderados, progresistas, etc. Esto a la vez confunde porque los términos son usados sin precisión y no son nunca definidos y lleva a error porque ellos dan una visión equivocada de las líneas divisorias al interior y entre los clérigos y los laicos.

La Iglesia del Pueblo, si se debe creer el capítulo de Mainwaring sobre ella, se define inclusivamente por sus posiciones políticas temporales, pero aunque estas sean importantes, este punto de vista pierde de vista los dilemas planteados por prácticas y creencias generalmente como cultura popular, religión o religiosidad a los sacerdotes agentes pastorales que buscan persuadir a su rebaño de las virtudes de la solidaridad revolucionaria en nombre de altos ideales. El entrecruzamiento de racionalidad de fines y medios en mundos que se interceptan y puesto en evidencia por esas dificultades, ignorado por la ciencia política y también por la antropología social desde su propio punto de vista. Este es el verdaderamente importante y difícil aspecto del tema. Hay un sentido en el cual la acción de cualquiera operando dentro del ámbito de la Iglesia, por

más oportunista, ingenuo o descuidado que sea, tiene un aspecto expresivo, no instrumental que no puede ser ignorado.

Una versión aún más simple de esta debilidad se obtiene al notar la falta de trabajo de campo en Mainwaring: Sus estudios de casos no ponen jamás en evidencia la manera en la cual las clases populares que el tanto admira, viven la Iglesia y los rituales y creencias. Incluso más sorprendente —dada su devoción por las fuentes escritas— es la ausencia de todo análisis de los textos de la Iglesia del Pueblo. Dónde están los términos de éxodo, de profecía en el estilo del Viejo Testamento, de peregrinación hacia un destino (caminhada) que dominan los innumerables panfletos asociados con esta tendencia?

Por supuesto, el hecho de que las discusiones sean sobre temas religiosos no significa no haya facciones: hay distintas, y hay disidencias sobre temas temporales. Pero la encía fundamental para la acción en este contexto institucional —a diferencia de lo ocurre en un partido político— es que las personas sostienen principios no simplemente -o puede ser que de ninguna manera— porque ellos quieran proseguir las metas que ellos señalan, sino simplemente por el placer o satisfacción de sostenerlos y contarse en el número de los que los sostiene. Este es el motivo por el cual las Iglesias existen.

No valdría la pena señalar estos hechos sino por la aparente preocupación —por parte de este autor y por parte de muchos actores políticos en Latino América— de evaluar las; de las personas integrantes de la Iglesia y ligado a ella, en términos de la eficiencia de su acción política secular. Así es que en una reciente conversación con un Senador Brasileño —un famoso sociólogo conocido como el promotor del socialismo pomposo- éste dijo que la Iglesia no tenía influencia política porque no era capaz de influenciar decisivamente las posibilidades de ningún candidato en las recientes elecciones parlamentarias. Este ciertamente no es el punto, ni es de ninguna manera la medida de la importancia e influencia de esta extraña institución.

La Iglesia Católica en Brasil tiene alrededor de 14.000 sacerdotes y más de 20.000 miembros de Ordenes Religiosas, tiene más de 400 obispos, pero es una institución cuantitativamente pequeña, la mayoría de cuyos seguidores sólo participan pasivamente, y ella tiene pocos recursos materiales. En un área de clase trabajadora siempre podremos encontrar a las Iglesias Pentecostales y Adventistas y el Centro Espiritista, es

muy difícil en cambio encontrar a la Iglesia Católica. Pese a eso la Iglesia y su personal parecen comandar un espacio en la cultura y en el discurso político de la sociedad mucho más grande que el que ocupan esas otras instituciones (Iglesias y Cultos) mitad competidoras, mitad complementarias. Y fuera de toda proporción a su riqueza y personal. Pese a que la naturaleza precisa de ese espacio —si este es el término adecuado— y la razón de su existencia son problemas centrales, ni Mainwaring ni los otros sociólogos de la religión en Brasil se han ocupado, con una o dos notables excepciones de esos temas centrales. Es un tema difícil, sin duda, pero el pontificar, — sobre lo que hace y lo que debe hacer—, del Cristianismo popular sin dejar ninguna sensibilidad antropológica es absurdo. (Los antropólogos, infortunadamente, dedican desproporcionadamente su tiempo a las culturas Amazónicas y a las superficiales celebraciones del carnaval).

David Lehman.  
University of Cambridge.